MARTALA

revista idealista y a destiempo del final de este siglo.

n.° 8
primavera / 84

HEMEROTECA

josé luis riechmann	martala, siempre silenciosamente
francisco j. castañón	españa y los viajeros del siglo de las luces
antonio bravo	pintor
maurilio de miguel	litografía de una devoción
maría eugenia cartagena	el existencialismo en «tiempo de silencio»
isabel colón	lucha obcecada
clara penín	poema
mercedes fernández cuesta	poema
federico luis p. méndez	poemas
rené char	poemas e impresiones antiguas
cristina martínez	dibujos
j. pedro del cerro peñalver	egipto: el enigma de la muerte
acuarius	fátima

BPM Cardenal Cisneros

martala / **director periodista: rafael alfaro / al cuidado de la edición: adolfo herrera y josé mascaraque / consejo de redacción: francisco castañón, mercedes benito, andrés dueñas, gregorio martín pérez, josé antonio de miguel, javier tarancón, elena pulgar gómez, eduardo aladro vico / edita: asociación juvenil martala / imprime: gráficas dehon, morera, 23, torrejón de ardoz / redacción: camino de los vinateros, 81, bajo c, madrid-30 / portada y contraportada: f. sumatrac y anónimo / sumario y pie de imprenta: antón bachvarov y pablo picasso / depósito legal: m. 8644-1982.**

MARCALA, siempre silenciosamente

Sensación, quizá sólo un presentimiento, de que lo realmente importante, lo esencial, es lo que no se puede, jamás se podrá, decir con palabras. Sentir que acaso no haya modo alguno de expresar, de insinuar tan sólo, lo que sí merece ser contado. Comprender que los momentos decisivos son siempre silenciosos. Adquirir brutalmente, en un destello cegador, conciencia de que se nos escurren de entre las manos, al igual que un puñado de arena, al igual que el agua, las cosas que... las únicas cosas que dejarán recuerdo, las únicas que valió la pena que fuesen.

Darse cuenta al fin, tarde a menudo, de que si hay algo llamado a ser sublime, ese algo es... es una hebra de cabello, un labio, una mano, una caricia quizá, un musgo, una nube aún más efímera que el día que la alumbró, en fin, siempre un instante tan efímero como esa nube, instante que luego se alejará, imperceptiblemente, que se irá yendo de puntillas, dejando tras de sí un rastro de polvo de oro y estrella... y mientras, lo contemplamos, lo vemos huir de nosotros... y entonces comprendemos por qué los paraísos no pueden ser eternos.

* * *

Se acerca un tiempo, si es que no nos ha caído ya encima, en el que no va a ser posible, desgraciadamente, creer en los proyectos colectivos.

Como alimento, aliento, del alma tan sólo quedarán esas ilusiones, esos sueños íntimos, casi secretos, personales en suma. El ideal nuestro, nosotros mismos, seremos lo más, e incluso lo único, a lo que podremos aspirar.

Al fin y al cabo, la felicidad, anhelo perpetuo e inalcanzable, encuentra su sinónimo más verídico, y acaso el único creíble, o posible, en una fruta madura, en la contemplación de una montaña, dama egregia, o en el roce fugaz de una mano querida. Sólo ese sueño merece ser soñado, ese es el único paraíso que calza nuestra talla. Eso es, en fin, eternidad y esperanza si las hay.

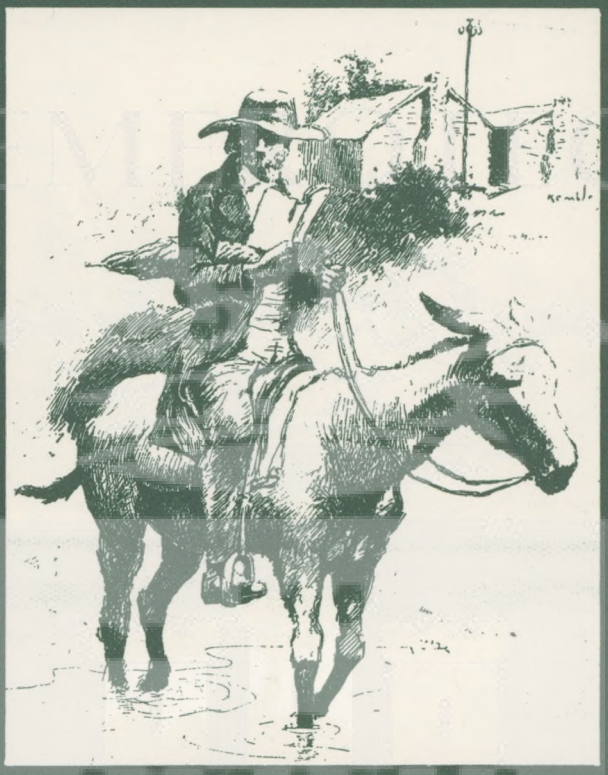
* * *

El fruto como el ser perfecto: Simbiosis ideal de jugo y carne; o sea, esencia y forma. Y además potencialidad, perpetuación, semilla, simiente que algún día volverá a ser fruto.

¿Es posible ofrecer más?

JOSE LUIS RIECHMANN

España y los viajeros del siglo de las luces



Al presentar este artículo sobre los viajes por nuestra nación durante el siglo XVIII deberemos apreciar que la concepción del viaje ilustrado parte de definir el paisaje en un doble aspecto: por un lado, como una combinación de visiones pintorescas y folklóricas, y, por otro, ha de considerarse como un cúmulo de experiencias históricas y sociológicas. En consecuencia los viajeros del siglo de las luces en su tránsito por la geografía hispánica denominaron su labor como «Viaje de España». El viajero, pues, habrá de descubrirse en los colores de su tierra.

Es indudable que la tarea les debió de resultar ardua en un país donde la construcción de caminos y puentes había quedado relegada en favor de la edificación de palacios, conventos e iglesias. Será únicamente con la llegada de los Borbones cuando se adoptará el sistema de vida capitalista, para lo cual se produce un desenvolvimiento del trabajo y se atiende a la construcción de carreteras y canales, obras públicas que se situarán en tercer lugar de la distribución de ingresos públicos (J. Sáinz Moreno). Una ordenanza de 1749 debida al marqués de la Ensenada, será el principio de la construcción de carreteras, el mismo marqués comenzará la carretera de Madrid a La Coruña llegando a inaugurar el Alto del León, en la sierra de Guadarrama. A todo esto añadiremos que las pocas vías que existían al principio del siglo carecían de seguridad, a lo que habría que sumar la exigencia de alcabalas, portazgos, etc., que dificultaban el comercio y el tráfico. Sin embargo, curiosamente, la primera guía viaria que iba a aparecer en Europa sería el «Repertorio de todos los caminos de España» (sólo existían dos rutas importantes en la península) editada por el valenciano Juan Villuga en 1546.

Esta situación tan precaria del «perfecto conocimiento de la antigua geografía del país» de la que hablaba Valdeflores persistió por mucho tiempo a pesar de los esfuerzos de la dinastía borbónica. Pensemos, por ejemplo, que la Pedriza del Manzanares sirvió durante años de refugio a bandoleros como el «Tuerto Pirón», «Paco el Sastre», «Barrasa», etc., y fue atravesada y explorada por vez primera en 1908 por B. de Quirós y J. A. Meliá. Otro dato que contribuyó a dificultar los viajes fue la pésima infraestructura en la que se encontraba la fabricación de coches y carrozas, cuyo modelo más moderno era la berlina de dos o cuatro plazas con suspensión de muelles. El negocio del transporte público era poco rentable y así en 1739 se autorizó «al extranjero Rudolph», usufructuario de la primera Factoría Real, a una subida de precios; en silla de dos ruedas, con dos caballos, que sólo llegaban hasta Guadarrama, se pagaba 11 reales la legua; en berlina de cuatro ruedas 12 reales, cuando tenían cuatro caballerías, y 19 reales con derecho a más peso o 20 si tenían el tiro con seis mulas o caballos.

El primer viaje del siglo XVIII, aunque no el primer viaje ilustrado, fue el que realizó el marqués de Ribas para ir a buscar a Felipe de Anjou a Irún, el duque adolescente que había sido proclamado nuevo heredero. Así, a un país anacrónico, cuya balanza de pagos era enormemente deficitaria (recordemos que en la época de Felipe III se llegó a pedir limosna para el rey, yendo sus mayordomos y gentileshombres acompañados por un párroco y un religioso, de casa en casa de los vecinos de Madrid) y donde todavía se propagaban las historias sobre los horribles exorcismos a los que había sido sometido Carlos II por parte de su confesor fray Froilán Díaz, vino a parar el nieto del augusto Luis XIV de Francia.

Pero el viaje ilustrado no era, de ningún modo, una mera descripción, como se haría en el libro del marqués de Ribas, o una experiencia exótica como lo sería el viaje romántico, sino que por el contrario trataba de cumplir parte de la misión global que había sido trazada: «la operación ilustrada». El viajero dieciochesco tiene presente una preocupación inmediata por la realidad española, quizás por ello su cuaderno de viaje será una especie de catálogo donde aparecerán observaciones trigonométricas y astronómicas, como apuntaba Valdeflores; anotaciones sobre el estado de las tierras y el cultivo al que deberían emplearse (escribe Jovellanos al salir de Fraga: «la tierra no es de gran calidad, mas no tal que no pudiera admitir cultivo de granos, vides y olivos») o indicaciones sobre la decadente situación ecológica como denuncia Ponz: «Grandísima parte de los males y pública necesidad consisten en la escasez de árboles»; se nos da incluso el exacto ubicamiento de las posadas y ventas, las cuales eran casi inexistentes. Un testimonio bien claro nos lo presta Ubilla refiriéndose al viaje del nuevo monarca que tuvo que ser necesariamente hospedado en las propiedades del clero: «en la octava jornada dedicó el rey la mañana a cazar en un bosque de los religiosos de San Francisco, la novena fue a comer al Monasterio de Rodilla... la decimoséptima se alojó el rey en el Palacio del arzobispo de Toledo». Uno de los más interesantes registros de la época nos lo proporcionó el incansable andariego don Antonio Ponz que se dedicó a clasificar todo el patrimonio artístico-nacional. Algunos incluso, en su afán didáctico, llegarán a realizar anotaciones propias de un ingeniero como hace don Andrés de la Sauca al salir de Haro: «... de 24 pies, sin las banquetas; pero será menos durable porque la cobija y relleno son de piedra grano. No tiene guarda-ruedas, y aquí hacen falta así por la razón dicha para preservar el huello de los carros y cabalgaduras las cobijas de asperón, como para preservar el relleno...». Por la función inspeccionadora y fiscalizadora del

viajero va a combinarse también con la crítica. Don Tomás de Iriarte, en su viaje a la Alcarria, en 1781 escribe: «Me cuesta contener la risa... Alcalá tiene ochocientos vecinos escasos y treinta y cuatro conventos largos».

Se trataba de llevar a cabo un desmantelamiento de las anticuadas e inservibles estructuras de una España dominada por dos estamentos: la nobleza y el clero, que en constante oposición a todo progreso, e incluso contra ellos mismos, para lo único que sirven ya es para dirigir malamente el estricto protocolo de la casa de los Austrias. La historia está bien cargada de situaciones que se corresponden con esta realidad. En el convento de Santa Fe —relata Ubilla— se encendió una pelea entre los dignatarios de la Inquisición y los representantes de los Cuatro Brazos del Reino de Aragón por quién tendría que besar antes la mano al nuevo monarca. En Figueras Felipe V tuvo que recibir a su esposa, María Luisa de Saboya, como si no la conociera de nada, todo ello por exigencias del protocolo de una España que contaba ya con ochocientos mil vagos y mendigos.

Era, pues, indispensable ejercer una función pedagógica desde dentro de España para enseñar a un pueblo aferrado a sus tradiciones que no entiende ni desea entender los nuevos métodos industriales y las nuevas teorías científicas y políticas. J. L. Villanueva, en su «Viaje a las iglesias de España», elogia el viaje «tan justamente promovido en nuestros días por lo mucho que contribuye al fomento de las ciencias útiles a la sociedad... e instrucción pública.» Será necesario llegar hasta Ribadeo —único puerto al que llegaban los linos de Rusia— para encontrarnos con el marqués de Sagardelos, uno de los primeros industriales españoles, principal defensor y difusor de las ideas de Adam Smith en la nación. El marqués tuvo que verse en grandes dificultades para viajar a Madrid, donde mantuvo una encarnizada lucha burocrática con sus enemigos Trubia y Orbaiceta, puesto que desde Ribadeo había que bajar en caballería por el camino de herradura a Lugo y seguir desde allí a Puertomarín, para tomar el camino de postas que seguía la vieja ruta de Santiago (G. de la Serna), porque el camino carretero de Galicia dejaba a Lugo a un lado como señalaba el mapa de Joseph Matías Escribano en 1757.

Sin embargo, el gran problema que se planteó a los ilustrados del momento fue superar la Revolución Francesa que estallaría un año después de la muerte de Carlos III. De esta forma Carlos IV, al que De la Fuente califica como un rey verdaderamente inepto, sube al poder. Uno de sus grandes problemas fue su enfrentamiento con las universidades que a su libre albedrío continuaban el espíritu ilustrado carlotercista, elaborando nuevos planes de estudio, lo que les valió la hostilidad del gobierno y de Godoy. Estas eran un núcleo de corrientes nuevas a las que Floridablanca, con su famoso «cordón sanitario», decidió impedir la entrada a la península. Los mismos ilustrados están ahora desconcertados con la Revolución. En una carta de Jovellanos a su amigo el cónsul inglés A. Hardings expone el primero sus reservas: «Para acercar las naciones unas a otras, es necesario aquella venturosa comunicación de ideas que usted desea, y yo también, pero esta comunicación necesita una paz general». Así fueron denunciadas a la Inquisición obras de Fleury, Dupin, Opstraet, autores jansenistas introducidos en las Facultades de Teología. De las Facultades de Leyes se suprime el Derecho Natural, Público y de Gentes. Pero hasta la misma Inquisición llegarán las nuevas ideas, sobre todo bajo la presidencia del arzobispo de Zaragoza, el francmasón José de Arce y Reinoso.

Por último, hay que tratar ese aspecto del viaje ilustrado que fue la politización de la empresa literaria. España había salido de la guerra de Sucesión, la auténtica primera guerra civil española, y era, pues, necesario apoyar al Estado y a la tarea de reconstrucción encabezada por el rey, con el que colaboraban una serie de eminentes ministros, no muy numerosos, pero eficientes aristócratas e intelectuales. Viera se contentaba, bien al ver en Valdepeñas «las nuevas fábricas de paños y jabones», bien al observar la «fecundidad de las mujeres» en Santa Cruz de Mudela. A la vez era necesario defender a España de esa corriente que atravesaba Europa condenando a nuestro país al desastre en su empeño progresista desprestigiando toda la participación cultural que había tenido la ya decrépita nación imperial. Un incidente anecdótico en este sentido fue el que aconteció con el libro «Voyage de Figaro en Espagne», del marqués de Langle, que renovaba las injurias que anteriormente había realizado su compatriota Massan de Marvilliers. Ante tales insultos fue replicado con agudo ingenio por el conde de Aranda, en aquel entonces embajador en París, de quien el mismo Langle escribe: «Le seul homme de qui la monarchie espagnole puisse s'enorgueillir à présent». El conde de Aranda «devolviéndole el favor», elevó sus quejas oficialmente hasta conseguir que Langle y su librito fueran quemados en el patíbulo. El Viejo Imperio no era todavía tan viejo e inútil.

Pero no todo fueron ataques. El británico John Howard, en sus viajes por las prisiones de Europa, entre 1775 y 1785, nos relata cómo al visitar la cárcel de Battuley (Hamburgo) descubrió los instrumentos de tortura más inhumanos del continente. Al llegar a la Bastilla vio en ella los signos del terror y la severidad penal escondidos en los más infrahumanos calabozos repletos de ratas e infecciones donde los presos, en las grilleras, no disponían de un espacio mayor de ocho pies de largo por seis de ancho. Sin embargo al visitar Madrid «la enfermería le pareció cuidada, las mujeres disponían de una extensa nave sin que se les aplicara grillos y cadenas. No advirtió abusos inhumanos. No percibió huella alguna de los sistemas de terror penitenciario...» Howard resumió su impresión afirmando que el régimen penitenciario de la Cárcel de la Corte era «humano y tolerante». (Conde de Altea).

Tras este breve análisis del viaje ilustrado podemos concluir afirmando que éste es uno de los elementos más valiosos para la comprensión del siglo XVIII y sin el cual cualquier aproximación histórica quedaría incompleta.

F. J. CASTAÑON

HEMEROTECA

LITOGRAFIA DE UNA DEVOCION

No encuentro parentesco alguno entre las aguas saladas del mar, que nunca apagan tu sed de respuestas, que siempre regresan a tu playa con promesas dudosas, y las aguas dulces de los ríos, que nunca retornan.

Veo tan anómalo que estén destinadas a confluir...

Las aguas dulces ofrecen al paladar el fruto prohibido del edén, la complacencia en la melancolía. La negativa a compartir con nadie una tristeza muy tuya de la que sólo permites compadecerse a los dioses. Nunca me sedujeron como a otros las aguas oscuras de un muelle. Nunca acaricié la idea de dejarme morir voluntariamente en sus brazos.

De niño comencé a mostrarme huraño en el pueblo cuando por fin me descubrieron la pedregosa senda del río. Entonces escapaba a la siesta, dejando atrás el costado norte de la iglesia. Aquel flanco nada frecuentado en los paseos de los lugareños, con sus postigos condenados a cal y canto, con sus altivos y vertiginosos torreones erigiéndose en una hondonada del terreno, por cuyas raíces, como desenterradas, me imaginaba ascendían a un tiempo el eco que en el templo tronaba y el hervor de un vino de bodega. Ese estado de fermentación que respiraba y me cargaba los párpados en fechas de oficios. De aquel costado de la iglesia también tengo presentes sus inexpugnables celosías, a través de las cuales sólo Dios miraba el interior con los rayos de la aurora o del crepúsculo.

Cuando de niño el maestro me persuadió de que carecía de oído para cantar en el coro, entonces hubo siempre alguien que me espiara si intetaba dedicar a aquel fugitivo del pueblo, que era el viento, mis tonadas. Al viento que tocaba su instrumento como lo hicieran los ciegos, en vida de mi bisabuela, a lo largo de toda la comarca. Al viento que tañía emboscado en los callejones, que susurraba aterido por entre las rendijas de los portones y las ventanas mal cerradas, y que silbaba melodías de soledad a los vecinos de los caseríos más apartados.

Solía internarme por la vega, esquivando toda compañía, fiel a la cita del atardecer con el viento silbando entre los álamos, haciéndolo mejor que ningún gañán para llamar a sus perros. Vino la estación de las cosechas con el paso fatigoso de sus días, cargados de luz de espigas, y el viento comenzó a dejar de ser puntual. No anochecía aún, era la hora de volver a casa todavía con remanso, y acabé por encontrar cómo disculparle. Llegué a razonar en mi lenguaje que dormía más que de costumbre y que el sueño para cualquier vagabundo, para Juan sin Tierra, era la única fuente de satisfacciones.

Más de una vez aquellos días, tibios y bochornosos, que no terminaban de pasar, se me han representado al levantarse una polvareda por las calles y venírseme a los ojos que por instinto cerraba. Ni los abanicos conseguían desasirse de aquellos días por más que aleteasen; aves presas y silenciadas, como eran, impedidas para alzar el vuelo y alejarse descorriendo el cortinaje del ocaso, prendidos uno a uno los rayos del sol en sus gorjeos.

Pasé crepúsculos enteros sólo escuchando el murmullo del río, distanciado de la alberca donde otros niños chapoteaban, y no tardé en proponerme aprender a entonar canciones como él lo hacía. Pero la fidelidad al relato de mis verdaderas pretensiones de entonces, encaramadas al mundo de la fantasía y la reencarnación, me pide expresarme de otro modo. Durante aquel verano lo que quise fue ser tan siquiera arroyo y así lograr la admisión, por Navidades, en el coro de la parroquia. Veía mi rostro reflejado en la apacible superficie del río y mi anhelo nunca llegó a decepcionarse. Acaso se disipaba con los primeros amagos de las sombras nocturnas hasta la tarde siguiente, pero mi infancia, clara y menuda como el agua del manantial que entre los álamos empezaba a formar curso, nada esperaba del porvenir con su presente de sensaciones.

Recuerdo los tres meses de vacaciones escolares acariciando la vuelta de los fríos, de los silenciosos copos de nieve, tras la claraboya, que en seguida me acercaban el ruido de los pasos de madre ajetreada. Madre, que me ordenaba el embozo de la sábana, confiándome al amor de las mantas de la cama. Yo aborrecía la época de los calores, porque en ella no tenía la oportunidad de arrellenarme en la butaca, junto al fuego crepitante del hogar de leña, ni podía salir a la calle mayor abrigado hasta la nariz. Otros niños disfrutarían, ligeros de ropa, recibiendo en su piel el cosquilleo del sol voluptuoso que, a la par, les vigorizaba, yo no. Desnudo de piernas y brazos o con la camisa entreabierta, me pareceía encontrarme desvalido, y de alguna manera, mi naturaleza enfermiza, estaba en la base de estos temores irracionales.

A pesar de todo, en la peripecia de mi vida, hasta la madurez al menos, sólo cuentan los veranos. Unicamente de ellos conservo concatenadas las imágenes capaces de provocar la ficción del movimiento en una película. De los inviernos, de todos en uno, puedo, si acaso, referiros cómo los contraídos poros de mi piel respiraban lentamente; puedo, imaginándome aquellos inviernos, remitirme a la sensación estática de una felicidad vivida en el letargo.

La última estampa en la que me reconozco siendo un niño, en la que sólo puedo reintroducirme con mis impresiones infantiles recuperadas, es invernal. Representa la contemplación del río helado, sin su murmullo. Es el testimonio más verosímil, en el que hoy me pudiera apoyar,

para convenceros de que el río, deteniéndose, no hablaba a nadie más que a mí al oído.

Llegó la ocasión en que el sereno y la noche cerrada me sorprendieron paseando aún por la orilla. Además de disiparse el reflejo de mi rostro en el agua, casi me estremeció la primera de mis verdaderas inquietudes. Sentí y adiviné por primera vez la perspectiva ante aquel paisaje, que me había visto crecer, y me supe extraño al pensamiento de árboles, matorrales y guijarros. Mi estatura, el enigma de su sombra y la línea del horizonte que galopaba en lontananza... Relacioné el murmullo del agua, que hasta entonces había mecido mis ensoñaciones, con la corriente que lo provocaba, tuve la certidumbre de que sus últimas melodías se habían alejado de mis oídos para sonar en los de otros niños, y ya nada fue igual, nada pudo seguir siendo lo mismo. Quise sacudirme con mi estrenada pubertad toda la inocencia, que entonces llamé ingenuidad y, sin embargo, proseguí unido sentimentalmente al río. Seguí llegándome hasta su vertiente para pasear a su lado, a veces durante kilómetros. Trataba de figurarme las latitudes que visitaría y los cerros que habría de sortear. Envidié su fortuna, que pudiese viajar muy lejos del pueblo y tal vez olvidarlo, como lo hicieran los mapas con los que cierto día entró en la taberna un marchante desorientado. Y cómo saboreé la idea de poder navegarle...

Por aquellas fechas el Ayuntamiento se empeñó en la construcción de una represa que detuviera sus aluviones al objeto de fertilizar nuevas tierras de cultivo. El proyecto una vez acabadas las obras fue un fracaso. El empuje de las aguas, a tres kilómetros de bajada y crecida desde los manantiales, era tal, que lo desbarató todo y obligó al concejo a renunciar a su tentativa so pena de prodigar inundaciones. Aquella demostración de poder por parte del río que a otros conminó, a mí vino a infundirme valor. Me decidió a dejar el pueblo seguro de que el aliento infatigable del río latía en mis venas, seguro de que habíamos acabados por ser casi como hermanos, seguro de que mi sangre se exaltaba también y era capaz, sino estaba a punto, de romper el dique que formaban deseos y propósitos en mi corazón.

La corriente, aquel tren que como los mercancías nocturnos no paraba en la estación del pueblo y que, sin embargo, me aguardaba día a día con la promesa de descubrirme otros mundos. Más allá de las azules cordilleras donde moraba el caprichoso dios de la lluvia y de la bonanza, implorado por los labriegos que malvivían de sus cosechas y pedían ser enterrados en sus campos de cultivo para escándalo del capellán, obstinado en mantener unida a su grey, procesión a procesión hasta el Camposanto.

Y quise ser río para tener la oportunidad de viajar sin billete. ¿Pero dónde podía ir un aldeano sin hacienda, únicamente con una maleta reventándosele de sueños? Por entonces, aún desconocía la desembocadura del río, que todos los ríos desembocan tarde o temprano en la mar.

Pasaron dilatados años, como nubes de estío, y décadas, como cirros de otoño. Saludé a muchos ríos, sagrados y profanos, y busqué siempre a solas su compañía.

Recuerdo el Sena por París y su lenta canción de organillo de manubrio proclive a delatarme el rincón más recóndito y festivo de la ciudad de Rayuela. Me recuerdo en Basel, junto al Rihn, temiendo encontrarme vestigios de sangre en sus márgenes, creyendo ensordecer con el fragor de batallas entre las hordas bárbaras que allí defendieron y avanzaron sus fronteras hace siglos. Recuerdo del Miño, su silbido de serpiente y su forma de obligar a los caminos a escorarse a su paso, a bailar hechizados en torno a él; su forma de zozobrar al paisano solitario que para sus adentros ruega no encontrarse, recodo a recodo, rotonda a rotonda, con la Santa Campaña. Recuerdo, por serranías, haber bebido de los arroyos cristalinos y acampado junto a ellos. Detenido definitivamente junto a los meandros que discurren del deshielo muchos metros abajo de las cimas, me ha ocurrido no saber si, al apagar mi sed en ellos, comulgaba espiritualmente o contravenía el postrer mandamiento impuesto al asceta que busca, sin ceder a la fatiga, algún santuario en las nieves perpetuas.

Finalmente, llegó la hora en que sospeché que algo impreciso se llevaba de mí la corriente del río que veía resbalarse metros más allá de los pies. Y bastó este sobrecogimiento tan pasajero, hijo de la misma noción de la fugacidad de la que se dejaba impresionar, para que en mi vida nada cambiara pero todo tuviera otro sentido y fuera iluminada por otro sol.

Hay hoy una parte de mí, al menos, que vio cómo se cumplía esa añoranza de ser río y saber cantar, que sostuve en mi niñez, y la otra, adolescente, de ser viajero como el río, hombre de mundo.

Mi memoria hoy es para muchos ríos y es como si, a la par, fueran del río mis memorias. Momentos que me asaltan y se desvanecen, que se van con la corriente de otro tiempo... Un mismo compás los separan de mí el anhelo, la complacencia y la nostalgia, como a la hoja de otoño que no acabo de divisar y ya veo pasar deslizándose entre las aguas dulces. Mis húmedas memorias, sumergidas en las cuencas de tantos ríos, ahora son lágrimas que dejo escapar de las cuencas de mis ojos. Lágrimas, en cambio, salobres, del río del deseo que se encauzó al mar, del mar de la vida que encontró su playa. Lágrimas con las que me hago cómplice de mi pasado y soy capaz de estremecerme como de rapaz y de mozo. Lágrimas, tal vez, que son como la pública confesión de una inocencia aún no perdida.

MAURILIO DE MIGUEL

EL EXISTENCIALISMO EN "TIEMPO DE SILENCIO"

Si pretendemos hablar de existencialismo en la novela española contemporánea es primordial nombrar, como si ya de casi un mito se tratara, a Luis Martín Santos —miembro de la generación del Medio Siglo, nombrada por algunos autores como la Generación Herida—, autor que marcó con «Tiempo de Silencio» el inicio del realismo dialéctico.

«Tiempo de Silencio», publicada en 1961, pasó en un principio casi inadvertida por la crítica, pero más tarde adquirió gran resonancia entre el gran público que ya estaba casi cansado de la novela objetiva o meramente realista de los años 60, y junto con «Tiempo de Destrucción», su segunda novela, estaba destinada a formar una trilogía que quedó inconclusa debido a un trágico accidente automovilístico que costó la vida al autor.

El existencialismo, movimiento filosófico del XX, desarrollado a raíz de la Segunda Guerra Mundial, encuentra sus antecedentes en los pensadores de la primera mitad del XIX y, quizá, podamos incluir dentro de los lejanos precursores del género, cualquier novela motivada por una preocupación angustiosa del hombre, donde el interrogante sobre la condición humana exige una respuesta que no llega nunca a concretarse. Debemos remontarnos a antes de las formulaciones filosóficas de Heidegger o Sartre y especular en la literatura desarraigada de la angustia romántica. Entramos con «La Metamorfosis» de Kafka en un mundo donde el hombre está perdido, aceptando como inevitable su condición de insecto monstruoso, en el que aparece convertido una mañana cualquiera de un día cualquiera, encontrándose en una situación tan absurda como espantosa. Esta situación que Kafka nos demuestra en el mundo actual como posible a la vez que irrevocable, es un símbolo del mundo que somete, degrada y condena al hombre, sólo y exclusivamente por ser hombre. Por otro lado, observamos la tendencia escéptica en autores como Aldoux Huxley en «Un mundo feliz» o el existencialismo ateo, donde filósofos como Nietzsche exclaman: «¡Dios ha muerto!», y el mundo, por tanto, es un caos y el hombre una víctima absurda y sin sentido. Sören Kierkegaard, precedente directo, quizá el más, de la corriente existencial, presenta su filosofía como la oposición total al sistema y a la idea absoluta. Todos los caminos a seguir por el existencialismo en sus diversas facetas y teorías, tienen como punto de intersección el cuestionar por el «ser» en una dimensión ontológica y profunda.

Alfonso Costa

Luis Martín Santos es el propio «ser» de «Tiempo de Silencio». Estudió la carrera de medicina y fue, a la par que escritor, director del Sanatorio Psiquiátrico de San Sebastián. El protagonista de su obra es también médico, Pedro, joven recién licenciado que comienza su andadura por la vida y la acabará en la novela no con su muerte, sino con su fracaso, tanto a nivel profesoinal como personal. La identidad del autor, con concepción de psiquiatra-filósofo y la del protagonista, confluyen en una sola persona; Pedro es Martín Santos o, quizá, Martín Santos sea Pedro, lo que sí es seguro es que el protagonista es la voz del autor que en muchas ocasiones, como Saint Exupery, siente el deber de inclinarse sobre la angustia de los hombres, de la que ha decidido, acaso, curarlos. Pedro está destinado al autofracaso, es el arquetipo inmerso en su propio fatalismo, en su conformismo, en su impasibilidad que, incluso, le lleva a decir «Estoy desesperado de no estar desesperado». El lector puede reflejarse en Pedro lo mismo que lo haría en un espejo: Pedro es la imagen que se proyecta, el hombre es la realidad, con su fracaso diario, pasajero o trascendental, que va cambiando de forma según va pasando el tiempo, pero que está ahí, esperando resurgir de pronto en una u otra persona, dando a entender que nace, pero su trasfondo es el de haber permanecido siempre en el aire, en las almas, en este mundo, que da un grito de alerta, desde la creencia existencial, grito maravillosamente expresado en las palabras que el dramaturgo noruego H. Ibsen pone en boca de un personaje de «Peer Gynt»: «La razón absoluta ha muerto. ¡Viva el hombre!»

El desarraigo, la impotencia, la frustración, confieren el significado existencial de la novela y de sus personajes, provocan la náusea física en el espectador y en el autor que la presenta como una «lamentable imagen de la condición humana y no divina que nuestros primeros padres nos legaron». Los demás componentes de la trama los vemos aún a más distancia, presentándolos como la representación de los distintos estratos sociales vistos en la novela. Son característicos, por ejemplo, Matías, con concreta personalidad de señorito, y Cartucho, representante de los bajos y oscuros fondos madrileños.

Luis Martín Santos, quizás debido a su profesión, pudo ver al hombre más allá de lo que es en realidad, descubriendo mediante el uso del monólogo interior características muy personales. Son diez monólogos, de los cuales, cuatro pertenecen a Pedro. La función del monólogo es la caracterización de los personajes y gracias a estos soliloquios veremos las frustraciones y contradicciones del protagonista. Cumplen también funciones narrativas, en donde vemos sucesos de la vida de los personajes y funciones reflexivas o interpretativas donde se comentan problemas y hechos cotidianos. El autor demuestra su entrañable dominio del monólogo interior, mezclando lo que observa el personaje con sus pensamientos, uniéndolos en asociaciones ilógicas —que nos recuerda la prosa de Becket y al paralelismo escénico de la técnica cinematográfica de Griffit, que tanto influyera en la novela de la segunda mitad del presente siglo— para llegar a replantearse como Heidegger el sentido mismo del ser.

Martín Santos, con su dialéctica, se propone unir unos datos tomados de la realidad y unos elementos complejos, dejando al libre albedrío la interpretación que deberá hacer el lector.

El autor de «Tiempo de Silencio», consiguiendo crear en definitiva, una novela nebulosa y distante, abrió un nuevo panorama al espectador, incorporando una nueva perspectiva que había quedado yacente en la complejidad de la mente humana.

MARIA EUGENIA CARTAGENA

LUCHA OBCECADA

Odioamor. Amorodio. Una presencia contra una ausencia. Tal vez una ausencia contra una presencia. El yo frente al vacío, o la nada frente al todo. Gira la rueda.

Los recuerdos se amontonan en mi mano. Los recuento suavemente, puliéndolos para que bruñan como bronce herido, o los enmaraño a fin de que se les abra la puerta del laberinto. Resbalo. Me deslizo con los deños enrollados en un hilo sin fin. Los recuerdos juegan al corro y al escondite. No hay que dilatar el sumergirse en la nada de esa página en blanco.

Pero el miedo recorre el cuerpo y paraliza la mano. ¡Mañana! ¡Mañana! Buscar excusas. ¡Rápido! No vaya a ser que broten palabras no queridas o, peor aún, que no broten en absoluto. Miedo al fracaso, no ante los demás, sino ante uno mismo.

A cuentagotas, con dolor, las frases se retuercen y prolongan, recrean... ¡no!, crean la realidad, porque sin la palabra nada es. Lucha obcecada por hallar las palabras, la palabra, por dominar ese rebelde y mezquino idioma —Bécquer sonríe un momento por encima de mi hombro.

La euforia embarga ya la mano. Las letras se engarzan a raudales.

Quiero dejarme atrapar en el vacío, que otras bocas me mastiquen y me moldeen de nuevo por el conjuro de las palabras. Ese vacío es el todo que se me allega.

Escribir. Tachar. Escribir. Tachar. ~~Tachar.~~

Tengo miedo.

ISABEL COLON

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

una silueta de agua
empapada en piel y canto
te me acercas
lúgubre
como gotas de música
rodadas en aire de silencios
suenas en mis labios
fuego prohibido de llamas
rubores que no siento
y van temblando entre mis dedos
y en el lecho profanado
presagio el sortilegio
o el recuerdo fugaz de una huida

CLARA PENIN

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

Las diosas nunca escriben en papel,
imprimen letras en los vientos.

Las diosas miran alteradas su existencia
y lloran y ríen rezagadas en el tiempo.

Las diosas se entregan afanosas
a la tarea de administrarse el veneno lentamente.

Las grandes diosas.

Pero hay diosas que se mueren y suspiran
que se apoyan en las alas para no fatigarse.

Pero hay diosas que alucinan y sueñan
sedientas de amores lujuriosos con la vida.

Pero hay diosas que navegan fugitivas,
a la deriva van pasando sin tocar puerto.

Diosas que en la noche bailan solas en la proa.

Semiestáticas, según la música,
dormidas, según la luz;
que cuando aman, suspiran, alucinan, huyen.

Diosas que despiertan al sonido
de unos pasos que suenan a amores.

Diosas sin reino ni tesoro,
diosas de las almas, sin Dios para la suya,
que se bañan cuando lloran
y se alteran con el mar
y envejecen en los silencios.

Pero hay diosas
que escriben cartas de amor,
se inmunizan al veneno,
recuperan el color
y vuelven a ser mortales si se maquillan con tus silencios.

MERCEDES FDEZ. CUESTA

BPM Cardenal Cisneros

LA LLAMA

Mi sangre es un lagarto,
una misericordia roja
empapada en luz y en águilas serenas,
tan doliente como un arpa tejida con mis nervios,
enamorado arcángel de fuego plateado,
sombra de una lágrima verde, circense y torpe.

Verde, circense y rota
así es mi plegaria en los cuernos de la ira,
dulce lira de este oscuro inicio,
tiniebla de lunas y árboles desnudos,
halo de la tarde gris como mi vida.

Invisible y manso el cordero
entre mis venas de oro pace,
con las manos llenas de puñales,
rostro grande a bordo del océano,
rebanada de un grito indolente y mágico.

Silencio que hablas con ritmo de muerte,
dame el aroma de la rosa y el color de la nada,
róbale a los cielos un infinito torturado,
trébol religioso o púrpura cilicio,
salmo errante a fuerza de estar vivo.

No conozco la voz celeste de la llama,
el limbo amable que abandonara Cristo entre mis brazos,
las tumbas moradas de tantos orgullosos muertos,
hirsutas y pilosas cestas de cerezas,
urogallos de angustias y cristales.

Llévame, mujer, a tus ojos azules,
quiero abandonarme y nadar en sus lagos;
hay una inquietud, un fatalismo trágico,
nubes de alondras con carmín en los labios,
hisopos que se apagan como vencidas antorchas.

El león toca muy bien el piano,
le nacen flores en las fauces amarillas,
arroja al cielo su bendición de sangre,
su lagarto en mi esperanza confundido;
mañana no es más que un soplo de gloria,
barbarie triste de la luciérnaga suicida.

Y ésta es la noche de los reinos de cálices dorados,
grande como el vientre de la madre azul,
bosque fuerte de cuchillos,
muriendo como un trozo de plomo inexorable,
brazada de barro helándome los huesos.

FEDERICO LUIS P. MENDEZ

HEMEROTECA
BPM Biblioteca Cisneros

EXPERIMENTACION DE LA VIDA

Este dolor que ruge en la distancia
del eco.
Este amarillo y el zarpazo
de sus sombras; rocío del olvido son las sangres
de nieve en el soldado.
Lámina negra:
la intuida perfección de las cosas
en la grandiosidad del desafío.

Esa trémula caja de plomo,
su contenido avance, su macedónica dinamo;
dulce como el agua
su camisa,
hierro dormido de aquel que pide
la absolución
y se enternece.

La experimentación brutal
de un tórax ebúrneo,
y el plácido cansancio,
tras la otra nave inmensa,
sus mejillas de amapola
esperan sin quererlo el filo del cuchillo.

Despojada la carne de su enjoyado tesoro,
aún reciente el golpe del hacha de luz,
se mantiene el sonido en la espuma cálida.

No puedo recordar
la hermosura del grito del gato,
preferí mantener alejado de mí ese tormento
de su sórdida mente
y solamente busqué la expiación de lo pretérito,
el lirio vestido por mano divina,
la imprevisible reacción de lo inaudito.

Es una lepra el recuerdo,
un cáncer transparente en la pasión,
lago de hemorragias que a los ojos ataca,
caverna del toro. Matador de lo simbólico.

El abrigo de la carne
de un hombre atemorizado por el invierno,
la clave de un brazo
y el espejo hambriento de imágenes.

Y una espuma de un designio último,
el paroxismo alegre de un estío renovado.
El movimiento de una piel acústica,
la exótica rencilla,
la salvedad del patio enamorado.

FEDERICO LUIS P. MENDEZ

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros

René Char

(Del libro «LES MATINAUX».
Traducido por Jorge Riechmann)

Hacia el arbol hermano, con los dias contados

Breve arpa de los alerces,
Sobre el espolón de musgo y gérmenes de
losas
—Fachada de los bosques
en que se desgarra la nube—,
Contrapunto del vacío en el que creo.

Este amor retirado a todos

Sobre la tierra de vigilia
El relámpago era puro hacia la fuente,
La viña sustentaba a la abeja,
Cargaban los hombros con el fardo.

Los caminos se deslizaban y su polvo
Escapaba volando con los pájaros.
Las piedras se sumaban a las piedras,
amadas por manos útiles.

En cada hora sufriente, al menos una vez,
Un eco debía repetir
Para la soledad ignorante
El frágil menester de amistad.

La misma violencia era magia.
Si a veces moría el hombre,
En el instante de agonía
Un trazo de ámbar sellaba sus ojos.

Contravenir

Obedeced a vuestros puercos que existen.
Yo me someto a mis dioses que no
existen.

Seguimos siendo gente de inclemencia.

Victoria Relampago

El pájaro laya la tierra,
La serpiente siembra,
La muerte mejorada
Aplaude la cosecha.

¡En el cielo, Plutón!

La explosión en nosotros.
Allí, solamente en mi interior.
Loco y sordo: ¿cómo podría estarlo más?

No hay ya segunda mismidad, ni rostro cambiante, ni sazón para la llama o sazón para la sombra.

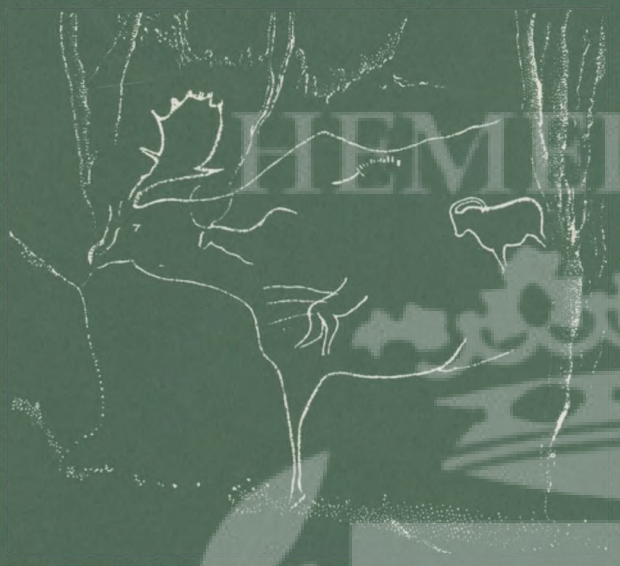
Con la nieve lenta descienden los leprosos.

Súbitamente el amor, al terror idéntico,
Con una mano jamás vista detiene el incendio, vuelve a alzar el sol, reconstituye a la Amiga.

Nada presagiaba una existencia tan fuerte.

HEMEROTECA
BUM Cardenal Cisneros

IMPRESIONES ANTIGUAS



Estas impresiones antiguas aparecieron en la confluencia de una lectura sufriente —según la expresión de Jean Beaufret— de los grandes textos de Martin Heidegger, y el ejercicio cotidiano de una vida de hombre cuyos altos y bajos hemos intentado igualar, sin servirnos de descripciones, muchos de nosotros. Son un homenaje de respeto, gratitud y afecto a Martin Heidegger.

... En el momento que vivimos —y pienso sobre todo en quienes luchan contra esa hipnosis indudable que propaga el clima de la época— la esperanza, esa pelmaza tan poco de fiar, es en verdad el único lenguaje activo y el único botador que podemos transformar en buen movimiento. Estamos obligados a asegurarnos de no confundir tal esperanza con el candor. La poesía es la soledad sin distancia en medio del ajetreo de todos, es decir, una soledad que dispone de medios para la confianza; pues que al alba no somos enemigos de nadie, salvo de los verdugos. Para Hegel la filosofía, desde el punto de vista del sentido común, es el mundo al revés; para algunos, desde el punto de vista de la equidad, la poesía es el mundo en su mejor lugar. Aquel que acepte, de buen grado o haciéndose violencia, las perspectivas del devenir, aun si estuviera dominado por un talante pesimista, ha de convencerse de que el recurso máximo de este pesimismo es la esperanza sin ruptura: esperanza de que algo imprevisible —donde se mostrará la gracia o, acaso, un hermético maleficio— surgirá para que la opresión sea momentáneamente vencida. ¿Pues no es el pensamiento de lo peor, respeto por el otro? Parecería que la poesía, a causa de los caminos que ha seguido y de las pruebas en que ha ganado su concreción, constituye el albergue que permite al herido recobrar nuevas fuerzas y prístinas razones. Muy raramente es la poesía espigadora de indulgencias o instigadora de pequeñas fechorías fantásticas. Su originalidad no se extravía en una bota de paja.

... Pasa la palabra a través del individuo, define un estado, ilumina una secuencia del mundo material; y también propone otro estado. El poeta no violenta a la realidad, sino que libera de ella una noción a la que no debe abandonar en su autoritaria desnudez.

... En 1945 nos imaginamos que el espíritu totalitario había perdido, con el nazismo, sus venenos subterráneos y sus hornos definitivos. Mas sus excrementos se han hundido en el fértil inconsciente de los hombres. Una suerte de colosal indiferencia hacia el reconocimiento de los otros y su expresión viva, paralela a nosotros, nos enseña que no hay ya principios generales ni moral hereditaria. Ganó un arrebato quebrado. Viviremos improvisando a ras de nuestro prójimo. El hambre se ha vuelto sed, pero la sed no se hace nube. Nos cerca una intolerancia demente. Su caballo de Troya es la palabra felicidad; esto me parece mortal. Estoy hablando, hombre sin pecado original sobre una tierra presente. No tengo mil años ante mí. No me expreso para los hombres del lejano futuro que serán —¿cómo dudarlo?— tan desdichados como nosotros. Respeto su advenimiento. Se acostumbra a extender, a guisa de tentación, la clara sombra de un gran ideal delante de lo que llamamos —por comodidad— nuestro camino. ¡Pero ese trazo sinuoso ni siquiera puede elegir entre la inundación, los hierbajos y el fuego! La prometida edad de oro no merecería tal nombre sino en el presente. La perspectiva de un risueño paraíso destruye al ser humano. La totalidad de la aventura humana desmiente el paraíso, pero estimulándonos y no quebrantándonos.

... ¿Cómo liberar a la poesía de sus opresores? La poesía, que es enigmática claridad y prisa por acudir, los anula al descubrirlos.

... Hemos de aprender a vivir sin sudario, a volver a disponer en altura, a ensanchar las aceras de las calles, a fascinar a la tentación, a impulsar a la palabra nueva a primera línea para consolidar su evidencia. No nos enfrentamos a un asalto, sino a mucho más: una paciente imaginación armada nos conduce a este estado de rebelión increíble. Para preservar una disponibilidad y perseverar en una inclemencia del no-yo.

... Somos de un linaje que no se siente a sus anchas entre requerimientos estrictamente intelectuales. La herejía sacude muy pronto a la vanidosa ortodoxia.

... Surcado está de voluntades pasajeras el poeta, ese viejo nutridor, tan parecido al cuco, velado realista, ¡absoluto holgazán!

... El poeta no tiene misión; a lo más, tiene una tarea. Nunca he propuesto nada que nos expusiese a caer de lo alto una vez pasada la euforia.

... El riesgo es sucumbir; pero será por un edicto luminoso que pueda contenerme sin que sufra yo encontrándome ahí.

... ¿Por qué me atraviesa a menudo la palabra «poeta»? Para que haya más espacio en lo pleno y menos error sobre una identidad mal revelada. Necesidad de conservar las sombras soberanas.

... Crear: excluirse. ¿Qué creador no muere desesperado? ¿Pero estar desgarrado es estar desesperado? Acaso no.

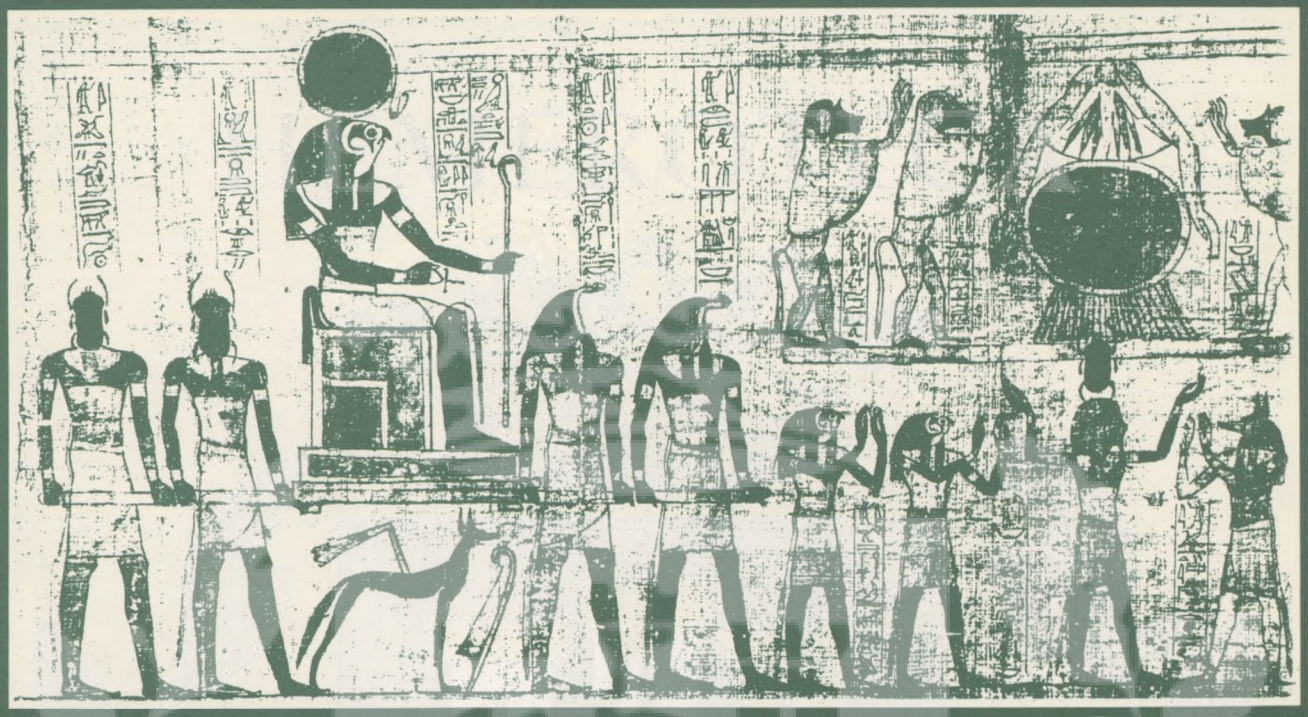
1950, 1952, 1964

RENE CHAR

Traducción de Jorge Riechmann

Cristina Martínez

EGIPTO: El Enigma de la Muerte



«La justicia fue concedida al que hacía lo que era deseado y el castigo a quien lo no deseado. Y la vida fue dada al que tenía la paz y la muerte al que tenía el pecado.»

(Teología Safita)

«¿Por qué?», fue ésta la pregunta que se hacía a sí mismo el sabio Herodoto mientras contemplaba extasiado una y otra vez las pirámides de Egipto; pregunta que se han venido haciendo todos aquellos que se han interesado por ellas o las han podido admirar. Lo cierto es que herá-ticamente majestuosas se han conservado desafiantes al transcurrir de los tiempos.

«¿Son realmente bellas o simplemente impresionantes?», se preguntaba el impávido turista griego mientras inscribía, como reto a la caducidad, su nombre sobre aquellos bloques de piedra.

Solón nos relata cómo, cuando visitó los santuarios egipcios, era recibido por los sacerdotes orgullosos de su pasado.

Egipto, «el abuelo de los pueblos» como se le ha conocido en toda época histórica, asombra por sus creencias en el «más allá», que influyeron en todos los aspectos del vivir cotidiano.

Diodoro dijo, que los egipcios consideraban sus casas como lugares de paso y sus tumbas como moradas definitivas.

Desde el arte, desde el trabajo, desde la literatura se pueden observar estas características, y todo ello comenzó en una época lejana, muy lejana... En ella reinaba un rey justo, Osiris, que tenía por esposa una bella mujer, Isis. Ambos reinaron sobre su pueblo enseñándoles a cultivar el trigo, a construir acequias, a gustar de la escultura y de la pintura y a respetar prudentes leyes. Sin embargo, Seth, hermano de Osiris, dios de la guerra, genio del mal, rey del desierto al servicio del Sol, asesinó cruelmente a su hermano y despedazó su cuerpo dispersando sus fragmentos. Isis desolada recorrió el Mundo en busca de los restos de Osiris. Tras muchas fatigas un día los encontró, los reunió todos, fajó el cuerpo de su esposo con vendas y le devolvió la vida. El cuerpo de Osiris se convirtió así en la primera momia y reinó desde entonces entre los muertos.

Todos tenían que presentarse, una vez que abandonaran este mundo ante el justo «Tribunal de Osiris». «Ante él todos eran iguales», comenta el famoso egiptólogo Von Tunk. Sin embargo, por otro lado, el profesor Carl Grimberg señala que la máxima «Todos somos iguales ante la muerte», era una máxima que los egipcios desconocían, existiendo discriminaciones en el «más allá»: sólo podrían sobrepasar el juicio de Osiris, aquellos que triunfantes en el mismo, se hubieran ocupado de asegurar la incorruptibilidad de su cuerpo, y ello mediante la momificación, depurada técnica que los egipcios descubrieron hace más de seis mil años y a la que sólo podrían acudir los que tuvieran un mínimo de saneamiento económico. El cuerpo de aquel que fuera pobre estaba reservado, como sabroso alimento, a las alimañas del desierto.

De cualquier forma, todo mortal se presentaría algún día ante el tribunal presidido por el dios de los muertos. En múltiples grabados aparecía este Tribunal. Anubis, el dios con cabeza de chacal, procedía a pasar al corazón del muerto. Tot, escriba de los dioses, anotaba los resultados que eran comunicados por Horus, con rostro de halcón a Osiris, mientras el alma del fallecido (Ra) encarnada en un pájaro, esperaba expectante la gracia para continuar la vida en el «País de Occidente» y ello gracias a la momificación y al embalsamamiento. Existían varios tipos, en consonancia con los precios a pagar. Existían también embalsamadores profesionales, junto a los que colaboraban ladrones y proscritos, encerrados a la vida en la casa de los Muertos, o lugar donde se embalsamaba, y huidos por la gente debido al mal olor que exhalaban sus cuerpos. El medio más caro o de primera clase consistía en extraer el cerebro por las fosas nasales con una sonda curva de hierro o se le disolvía mediante una inyección de un ácido. Más tarde se le extraían los intestinos, que se lavaban con vino de palmera y se espolvoreaba

BPM Cardenal

con aromas triturados. La cavidad vaciada se rellenaba con perfumes (mirras, canela...) y luego se cosía la abertura. El cuerpo se sumergía durante setenta días en sal, convirtiéndose en momia. La piel, ya oscura y dura, se contraía y tan sólo recubría el esqueleto. Se envolvía con vendas impregnadas de goma o resina, luego en tres lienzos y finalmente en uno rojo atado con cintas. La momia, ya preparada, se colocaba en un doble o triple sarcófago que reproducía, primero de forma esculpida y posteriormente pintada, los rasgos del difunto. Junto a ella se introducían amuletos (el escarabajo) para preservar al difunto de los peligros del viaje.

Estos sarcófagos se depositaban en las tumbas y más tarde se conservaban en las mismas casas, como nosotros hoy colgamos los retratos de nuestros antepasados.

El itinerario hacia su postrer morada resultaba de lo más sobrecogedor, como nos relata Solón: «Resonaban los cantos fúnebres que se confundían con los llantos de los miembros de la familia. Llevaban ramas de olivo en la mano (símbolo de la resurrección) mientras los varones se dejaban crecer la barba en señal de duelo».

Entonces el muerto debería presentarse ante el Tribunal de Osiris. Esta divinidad administraba justicia, junto a 42 demonios a los que debería el fallecido rendir cuenta de sus pecados, uno ante cada uno de los demonios. En Egipto se consideraba que sólo se podían cometer 42 pecados, tantos como distritos en los que estaba dividido el antiguo Egipto antes de que Menes uniera los dos reinos, y que estaban clasificados en varias categorías: mentira, perjurio, blasfemia, asesinato, robo...

Este Tribunal de los Muertos es el primer antecedente de un principio: el destino de los difuntos se gana aquí en la Tierra. En el «libro de los Muertos» aparecen pensamientos tan elevados como éste: «El hombre será juzgado conforme se haya comportado en la Tierra».

Es curioso observar cómo aparece en Egipto la creencia de que unos se salvarán y vencerán a la muerte y continuarán viviendo en el «Más allá», mientras otros, los condenados por el Tribunal de Osiris, serán precipitados al vacío, en donde reina un monstruo mezcla de cocodrilo, león e hipopótamo, que los despedazará como lo fue el «dios de los muertos» por su cruel hermano.

Por el contrario, otros pueblos (los cultos babilonios, los guerreros asirios) pensaban que tanto justos como pecadores descenderían, una vez concluida su existencia en este mundo, el terrible abismo de la Muerte.

Aquellos que hubieran ganado la «otra vida» se dirigirían en un barco gigantesco hacia el País de Occidente, el «Más allá» egipcio, en donde sólo reinaba la felicidad y en donde el trigo crecía varios metros.

Por supuesto, para poder continuar teniendo el mismo nivel de vida se hacían enterrar junto a una cantidad ingente de figurillas, talladas normalmente en madera, y que le acompañarían en el largo viaje, que ahora comenzaba. Era una manera fácil de seguir conservando en la muerte el status que se poseía en la vida.

Príncipes y ricos hacendados se hacían enterrar con verdaderos ejércitos de estatuillas. Si la vida continuaba en el «Más allá», había que seguir viviendo cómodamente, donde quiera que éste estuviera.

Un célebre arqueólogo americano relata que, «tras varios años de excavaciones en los alrededores de Tebas, en una grieta de la muralla que la flanqueaba, de un solo vistazo pudo contemplar un verdadero mundo liliputiense de cerca de 4.000 años de antigüedad. Un hormiguero de hombrecillos de escasos centímetros de altura se dedicaban a sus cotidianas faenas y asistencias diarias al fallecido. Tardamos más de tres días con sus noches en sacarlos a la luz».

Gracias a ellos hoy tenemos formada una idea bastante certera de cómo era la vida egipcia, cómo vestían, de qué se alimentaban.

La costumbre de colocar en las tumbas figuras que representaban a servidores desaparecerá en el segundo milenio; una reproducción del difunto le sustituyó.

El dios Osiris era inflexible; para intentar convencerle los fallecidos hacían grabar en sus sarcófagos inscripciones de su bondad y benevolencia en la tierra. «He dado de beber a los que tenían sed, he dado pan a los hambrientos, he vestido a los que estaban desnudos, he hecho pasar el río a muchos viajeros...» Otro epitafio asegura: «No he violado a ninguna muchacha infeliz, no he dejado a ninguna viuda en la necesidad, no he hecho la vida imposible a ningún campesino, no he perseguido a ningún pastor, no le he arrebatado servidores a nadie para hacerles trabajar sin salario...» ¡Este hombre seguro que pudo seguir viviendo en el País de Occidente»!

En otras tumbas aparecen inscripciones de aquellos que las mandaron construir, no precisamente para el disfrute de ellos mismos, sino como gratitud a parientes, a personas que les hubieran prestado servicio: «Cuando mi padre fue enterrado en el bello occidente, le construí esta tumba; no hubiera querido otra cuando aún caminaba sobre sus pies».

Sin embargo, no todo era fácil en el «Más allá». Si bien, una vez pasada con éxito la dura prueba de Osiris, los difuntos tenían derecho a la vida eterna; no quedan, por otro lado, exentos de ciertos peligros. Los egipcios, grandes previsores, los remediaron mediante el uso de fórmulas mágicas. Estas fueron recogidas en el llamado «Libro de los muertos». Era un rollo de papiros que se colocaba al lado de la momia, pudiendo ser utilizado por el muerto en el supuesto de acechanza de alguno de ellos. Estos peligros se presentaban en diversas formas: serpientes, cocodrilos... Para cada uno de ellos existía un mágico epitafio: «¡Largo de aquí, cocodrilo maldito, vete lejos! No te acercarás a mí porque estoy protegido con palabras mágicas nacidas de la fuerza que vive en mí. Mis dientes muerden como cocodrilos de piedra y desgarran como los del dios chacal...»

Un rico hacendado se hizo inscribir en su tumba: «¡Salve, Osiris, padre mío divino! Lo mismo que tú, cuya vida es imperecedera, mis miembros conocerán la vida eterna. No me pudriré. No seré devorado por los gusanos. No seré pasto de la miseria. Mis entrañas no se corromperán, mi rostro permanecerá como en el día de hoy. Mis oídos no cesarán de oír. Mi cabeza no se separará de mi cuello. Mi lengua no será arrancada. Mis cabellos no serán cortados. No me raparán las cejas. Mi cuerpo permanecerá intacto, no se descompondrá, ni será destruido en este mundo». No sabemos si este hombre habrá conseguido alcanzar la vida eterna, pero ¡sí que ha conseguido un lugar de preeminencia en la Historia de la Arqueología!

Todavía hoy, románticos egipcios enamorados de su pasado, ven cada amanecer ante sus casas navegar enormes barcos alados portando a sus lejanos antepasados en largo peregrinar hacia el «País de Occidente».

JOSE PEDRO DEL CERRO PEÑALVER

FATIMA: a mi pequeño milagro

Desde muy adentro, con el corazón cogido entre las manos, hoy veo de repente que tus ojos comprenden a mis ojos. Hoy, sin pensarlo, con la sinceridad irreprochable del silencio te escribe atropelladamente mi asombro por oírte; porque en tus manos hoy se agitarían las mías, aferrado con temor a la ilusión nacida de ese instante. Sin avisos, sin conocer tu presente, sabiendo lo imposible de un encuentro, a pesar de encontrarnos tan distantes y tan juntos, mi soledad escoge mi escritura y, asombrado porque la luz ha nacido entre tus dedos, te dirige esta confesión anónima de esperanza. Como si toda la noche estuviera ahora encerrada así de silenciosa para gozarla juntos sin medida, porque tus ojos de asombro apenas me conocen y quizá no escuchan esta herida de ausencia que me duele cuando no te tengo.

(Esta tarde de otoño la melancolía parece una luz sin perfiles en el aire. Sólo escucho la emoción de aquellas letras que robé a una primavera terminada; aún recuerdo el temblor de mis manos al hallar las palabras, al conocer su sentido en la gramática de mi conocimiento. Fue una noche de marzo y la memoria se resiste a recordarla. Una historia sin nombre y sin gobierno comenzaba en el silencio de su orden. Desde entonces han cruzado las distancias otras cartas dirigidas al asombro de tus ojos, acostumbrados sin remedio a la persecución de mis palabras. Corazones aislados en las hojas blancas de mis cartas parecían las frases que buscaban tus manos; este otoño parece necesario para conmemorar su sentido, asustados vestigios literarios que te mandó mi insistencia. Ahora mismo la noche evocada me recuerda silenciosa y dormida esa carta de una primavera que te envío cuando el otoño se escapa por tu mirada.)

Es una sensación de tiempo detenido en el recuerdo tuyo tan cercano, hoy, que navegan emociones encontradas al pensarte tan cerca del silencio en que me escuchas.

(He colocado en orden tus recuerdos desde entonces. A un lado de la mesa, los jirones de las tardes que vivimos (mayo, junio, septiembre) con su luz, su sonido, sus lugares (Madrid, Toledo, Villanueva); en el otro, tu mirada azul, tus manos heladas, tus labios menudos, la oleada de tu pelo y, en un cajón lleno de papeles, las cartas, los poemas, las palabras. Ya tengo preparada la nostalgia del invierno y aprovecho esta carta para enviarte un mensaje de tristeza anticipada. Te asomaste hacia mi vida entre los pliegues de una hoja de papel (su mensaje está escrito más arriba) y las letras de mis sobres te anunciaban su llegada con las fechas que tuvieron esperanza. Nos conocimos en el silencio de su lectura, en los límites de su extensilón desordenada. Las noches vieron asustadas en la distancia el capricho de mis eses, la longitud de las ges, la desunión de mis preposiciones. Te acostumbré a su recibimiento, castigué la soledad de tus ojos azules con papeles escritos en las madrugadas de la primavera. A veces doblaba cuidadosamente los finales para mantener tu atención cuando los vieras. En otras ocasiones mi máquina se disponía para sustituir los desgarrados inicios de mi letra y con premeditada complicidad interponía solidarias estructuras en mi caos. Fueron más de una docena: extensas y breves, tristes y amorosas, todas emocionadas, algunas innecesarias. Detrás de cada pensamiento existía una carta que te explicaba su nacimiento, que prolongaba en el papel su calidad de recuerdo, la consistencia emotiva de su naturaleza. Nuestra memoria está poblada de fantasmas epistolares, cariñosos y conocidos; esta tarde de otoño se encuentran agrupados convenientemente y los tengo escondidos en un sobre con tu nombre. Por fin han encontrado su sentido y, a veces, de madrugada los oigo saludarse destruyendo las fechas que los pusimos. Todo nació con una carta sin nombres cuando marzo se fijaba en nuestras vidas y parece que todo termina con esta carta de octubre enlazada con sus frases. Entre los márgenes de sus hechuras ha latido una historia edificada con letras, con sobres, con fechas tintadas que este otoño apagado rememora buscando su memoria. Cuando escribo de nuevo la carta primera y termino temblando esta última aventura de tu ausencia, siento latir entre las manos una solitaria amargura que reclama la existencia por detrás de las palabras. Quizá cuando regrese puntual la primavera nos traerá perfumada de nostalgia un recuerdo vivido con asombro entre las fechas de dos cartas sin tu nombre.)

Y sin saber de ti más que lo que tus manos me anuncian, sin conocer aún la soledad ardiente en tu mirada, sin suponer ni cómo me comprendes; te escribo estas letras silenciosas, cómplices seguros de tu pelo y de tus manos, porque hoy ha nacido para mí un pequeño milagro cuando ríes.

AQUARIUS

HEMEROTECA
BPM Cardenal Cisneros